

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
INTRODUCCIÓN.....	13
I. ANTECEDENTES EN EL PERIODO COLONIAL.....	31
1. Redes y familias de capa alta en el periodo colonial temprano	31
2. Evolución en el siglo XVIII	40
3. Ambivalencias y polos de tensión	47
4. Testimonios y retratos de época.....	51
II. LAS CAPAS ALTAS EN EL PERIODO DE TRANSICIÓN DE LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA Y LAS CONVULSIONES POSTERIORES	53
1. Transformación profunda y primeras reacciones	53
2. México: un país sin capa dirigente	59
3. Argentina: una gran estancia	66
4. Chile: debilidades de una capa fuerte	73
5. Brasil: lealtad a la sombra de la Corona	79
6. Mecanismos de puente y efectos a largo plazo	85
7. Testimonios y retratos de época.....	91
III. DESARROLLO DE LAS FAMILIAS EN LAS DÉCADAS DE DEBILIDAD ESTATAL DEL SIGLO XIX	97
1. La familia como empresa económica.....	97
2. Comparación intergeneracional de cinco historias familiares.....	103
3. Oligarquías provinciales	118
4. Deformaciones estructurales.....	125
5. Testimonios y retratos de época.....	128

IV. LA <i>BELLE ÉPOQUE</i> : TOMA E INSTRUMENTALIZACIÓN DEL APARATO ESTATAL.....	131
1. Antecedentes, condiciones para el surgimiento y rasgos básicos de los regímenes oligárquicos.....	131
2. ¿Una clase gobernante?.....	137
3. Legalismo y represión.....	142
4. Estrategias de enriquecimiento.....	149
5. Provincias débiles y fuertes.....	155
6. Testimonios y retratos de época.....	162
V. ESTRUCTURAS FAMILIARES Y VIDA SOCIAL EN LA <i>BELLE ÉPOQUE</i>	169
1. La transformación de las ciudades.....	169
2. Estructuras familiares en transformación.....	172
3. Europa, referente de vida refinada.....	178
4. Vida interior y fachada de las redes de capa alta.....	183
5. Un intento de balance.....	189
6. Testimonios y retratos de época.....	195
VI. PÉRDIDA DE GOBIERNO Y HERENCIA DURADERA.....	201
1. Regímenes de transición.....	201
2. Persistencia de las redes familiares.....	206
3. Huellas de larga duración.....	212
4. Testimonios y retratos de época.....	219
BIBLIOGRAFÍA.....	223

INTRODUCCIÓN

América Latina encierra un misterio tanto para los académicos que llevan tiempo ocupados en su estudio como para los periodistas, turistas y otros observadores que la hayan visitado con frecuencia. Por un lado, se familiarizó pronto con la modernidad gracias a sus exportaciones a Europa. A partir de los años sesenta y setenta del siglo XIX, sus capas dirigentes participaron activamente en las modas y los debates económicos, intelectuales y artísticos del Viejo Continente, e imitaron a París y Londres como modelos para el diseño arquitectónico de sus capitales. Sin embargo, ningún Estado latinoamericano ha logrado todavía alcanzar un nivel de desarrollo comparable al de Europa occidental o Norteamérica. Una gran parte de la población (en la mayoría de los casos por encima del 50%) sigue viviendo en la pobreza, el subcontinente se ve afectado periódicamente por crisis socioeconómicas y revueltas políticas, y a las prometedoras fases de cambio siguen, casi con seguridad, el estancamiento y la resignación. Este carácter cíclico les ha valido a las naciones latinoamericanas la problemática reputación de «países emergentes a perpetuidad» (Waldmann 2010).

No han faltado intentos de resolver y explicar esta paradójica dualidad, aunque en este punto solo mencionaré las tres interpretaciones más habituales. En los años sesenta y setenta del siglo pasado surgió, desde la perspectiva económica, la llamada «teoría de la dependencia». Tomando una distancia crítica con la teoría de la modernización, predominante durante mucho tiempo, esta nueva propuesta culpaba

a las relaciones de intercambio desiguales entre los productos de los países industrializados y los de los países en desarrollo del retraso del subcontinente en el proceso de modernización. Mientras las naciones industrializadas dominantes se garantizaban los precios para sus productos en el mercado mundial, ejercían una presión sistemática sobre los precios de las materias primas de los países en desarrollo que dependían de ellas (Boeckh 2010). Desde la perspectiva de la ciencia política, los análisis del déficit se centraron en las debilidades del desarrollo estatal y de la cultura política de América Latina. El autoritarismo, el clientelismo, el nepotismo generalizado y la falta de una clase dirigente política y de un funcionariado comprometidos con el bien común habrían hecho que todas las propuestas de democratización fueran tibias desde el principio e impidieran unas reformas políticas en profundidad (Mols/Thesing 1991). Las raíces de esta incorporación fallida a la modernidad suelen buscarse en la herencia colonial de las sociedades latinoamericanas. El corporativismo anclado en el pensamiento tradicional español, así como la dependencia de los ingresos provenientes de las rentas y la explotación excesiva de los recursos naturales habrían atrofiado los estímulos productivos de grandes partes de la población latinoamericana (Wiarda 1991).

No es este el lugar para analizar en mayor profundidad estas propuestas explicativas. Tampoco se puede negar cierta plausibilidad a las tres, pero cada una de ellas se refiere a un único aspecto parcial de la problemática del desarrollo latinoamericano en su conjunto. Lo que también tienen en común las tres es una perspectiva principalmente sistémica, en la que queda abierto sobre quién y de qué forma recae la responsabilidad de estas debilidades dentro del marco estructural, así como su reflejo en determinadas prácticas sociales. Ciertamente se podría señalar a grupos profesionales concretos como creadores o perpetuadores de los déficits señalados en los distintos ámbitos, como, por ejemplo, los representantes de los partidos en la política, los intelectuales de la esfera cultural, el clero, etcétera. Sin embargo, en el mejor de los casos, estos grupos desempeñaron el rol de agentes vicarios dentro de sus ámbitos específicos de actuación y es difícil atribuirles una capacidad de decisión e influencia independientes.

Para buscar las fuerzas sociales constitutivas del desarrollo del subcontinente, habrá que mirar más allá de los esquemas funcionales habituales. Esta perspectiva deja asomar dos formaciones sociales cuyo

afán de autoconservación, normas de comportamiento e intereses han determinado de forma decisiva las sociedades latinoamericanas desde el principio y las han acompañado en su evolución: en el ámbito microsocial, la familia y, en lo que respecta a las tendencias macrosociales, las capas altas. Cualquier manual sobre historia de América Latina dirá que la familia desempeñaba una función clave ya al principio de la colonización y que ha mantenido su papel en esas sociedades hasta hoy (Milanich 2007). Algo similar sucede con la división vertical en capas sociales. Tanto en las primeras colonias como en zonas de asentamiento posteriores (por ejemplo, la Banda Oriental de la región de La Plata o las provincias remotas del noreste y noroeste de México), encontramos la pronta alianza de un núcleo de familias que se establecieron como capa alta local o provincial, y se distinguieron claramente del resto de la población, ya fueran indígenas o migrantes de etapas posteriores (Schröter 1999, p. 103 y ss.; Cramausel 1999, pp. 85 y ss.).

Este libro se ocupa de estos dos componentes básicos de las sociedades latinoamericanas, preguntándose por las redes familiares de capa alta latinoamericanas en perspectiva histórica y sociológica. Tanto por separado como en esta combinación, los dos aspectos que ocupan este estudio (familia y estratificación) no constituyen un territorio de investigación inexplorado. Dado que no son fácilmente accesibles empíricamente, el número de estudios estrictamente sobre élites y capas altas es reducido (Imaz 1964; Lipset/Solari 1967; Codato/Espinoza 2018). Por contra, historiadores y antropólogos sociales han destacado en numerosas ocasiones el papel de la familia como unidad básica de la vida social de América Latina. Las familias de capa alta en particular, y en algunos casos las redes formadas por ellas, recibieron una atención considerable desde mediados de los años setenta hasta los noventa del siglo pasado (Kuznesof/Oppenheimer 1985; Kuznesof 1989). En esas décadas surgieron excelentes estudios de caso individuales sobre estas familias durante el periodo colonial y los disturbios de las guerras de independencia, sobre las carreras familiares en los centros y las periferias en las convulsas políticas del siglo XIX, así como sobre el ejercicio del poder político por parte de las redes de capa alta —para entonces bautizadas como «oligarquía»— durante la *belle époque* (entre 1880 y 1925, aproximadamente). Tuvo una gran influencia la teoría de las tres generaciones de Diana Balmori, según la cual el ascenso social de grupos familiares que posteriormente alcanzaron el

prestigio y el poder se extendió a lo largo de varias generaciones y condujo, desde unos modestos inicios en el siglo XIX, a sucesivas rachas de expansión hasta la ocupación de puestos clave en la economía y en el aparato estatal hacia finales de esa centuria (Balmori 1985). Más recientemente, el interés por la historia de las familias de capa alta ha decaído, y trabajos como los de Leandro Losada y Denis Gilbert son ahora la excepción (Losada 2008, 2009; Gilbert 2017).

La referencia a Gilbert es una buena transición a mi propio estudio, que comparte con él un enfoque comparativo. Sin embargo, el trabajo de Gilbert no se limita a la comparación de varios Estados latinoamericanos durante la *belle époque* y la fase de transición posterior, sino que incluye también una investigación exhaustiva sobre algunos clanes familiares de la oligarquía peruana. Este autor no puede ofrecer nada comparable. Es cierto que, al igual que Gilbert, también he trabajado sobre América Latina durante décadas. Sin embargo, solo tengo conocimiento en primera persona sobre las coordenadas y mentalidades de antiguas familias de capa alta debido a contactos regulares con ese medio social argentino. De hecho, lo que me impulsó a emprender este estudio no fue tanto una curiosidad de profundizar en ese entorno social, sino la pregunta esbozada al principio sobre dónde se podrían encontrar los antecedentes y las causas de la persistente y aparentemente insuperable incapacidad del subcontinente para dejar de estar «en vías de desarrollo» y «en el umbral» a perpetuidad. Se trata de un intento exhaustivo de esclarecer, mediante un análisis histórico y sociológico, la participación que las familias de capa alta, unidas en redes, han tenido a corto o largo plazo en el actual estancamiento en el que ha caído América Latina.

Para una mejor comprensión de mi empresa, a continuación, se explican una serie de cuestiones de partida sobre definición, metodología y contenido. Se refieren, en primer lugar, a cuestiones conceptuales; en segundo, al enfoque elegido; en tercer lugar, a una hipótesis de partida; en cuarto, a una llamada de atención frente al sesgo y los prejuicios y, en quinto lugar, a una propuesta de clasificación.

CONSIDERACIONES CONCEPTUALES

Aunque es un fenómeno universal, no es fácil ofrecer una definición concluyente de «familia», especialmente en el caso de las familias de capa alta que, como en América Latina, tuvieron una gran importancia en el conjunto de la sociedad y desempeñaron diferentes funciones. La incertidumbre comienza ya a la hora de delimitar sus fronteras exteriores, en el intento de definir quiénes pertenecen a ella y quiénes no, algo muy relevante en el ámbito cultural hispánico, sobre todo por lo igualitario de su derecho hereditario. Las líneas de demarcación diferían de un país a otro, pero en la mayoría de los casos se distinguía entre la familia en sentido estricto y el concepto más amplio de «parentela», incluido el «compadrazgo». En el caso de la familia nuclear —tres generaciones que solían habitar en un mismo hogar hasta que los hijos alcanzaban la mayoría de edad—, solía ser decisiva la línea de sucesión masculina.

Las aspiraciones y los objetivos de las familias de capa alta clásicas giraban en torno a dos cuestiones principales. Por un lado, se preocupaban por mantener y, a ser posible, aumentar su patrimonio material. En estrecha relación con esto estaba el cuidado puesto en preservar el prestigio y el «buen nombre» de la familia entre sus pares. Los altos cargos y la función de tomar decisiones políticas, aunque eran valorados, tenían siempre una importancia secundaria. Estos dos objetivos centrales determinaban la estructura interna de las familias de capa alta y también su ritmo de vida. Contar con un gran número de descendientes, a los que se preparaba para sus futuras tareas bajo la dirección del cabeza patriarcal de la familia, dotado de facultades ilimitadas, servía al aumento del patrimonio. Aunque preferían los enlaces matrimoniales con personas de su misma capa, las familias pertenecientes a la «buena sociedad» no dudaban en casar a una de sus hijas con un individuo externo rico si era necesario para reponer capital. La celebración de todo tipo de fiestas: cumpleaños, bodas, funerales y demás ocasiones constituía el «capital simbólico» de las redes familiares tradicionales. Mediante su repetición ritual, se creaba sentido de comunidad, se desarrollaban lazos de confianza y una consciencia colectiva que también se reflejaban en la correspondiente representación externa.

Una parte casi indispensable de los bienes materiales de los que disponían las familias de capa alta eran la propiedad de tierras, de

latifundios. Hoy en día suelen ser solo una parte de una extensa masa patrimonial, pero la propiedad de una hacienda, una estancia, una finca o un fundo (las denominaciones cambian según el país o la región) tuvo su importancia durante el periodo colonial y a lo largo de todo el siglo XIX. Especialmente durante la larga fase de debilidad estatal, los extensos latifundios dispersos por el interior de las jóvenes repúblicas asumieron con frecuencia la función de instituciones sustitutivas multidimensionales. No solo proporcionaban medios de subsistencia al círculo íntimo de familiares y amigos, sino también a jornaleros y sirvientes, a veces incluso a la clientela que se extendía hasta el pueblo más cercano; además, como mantenían sus propias milicias, eran enclaves de seguridad en territorios de bandolerismo. En tercer lugar, ofrecían estabilidad interior y un sentido de pertenencia a una población desorientada por las convulsiones políticas. En otras palabras, como espacio vital independiente que cubría todas las necesidades esenciales competían con el aparato político republicano y sus instituciones que se estaban estableciendo en las ciudades.

Nuestra investigación, sin embargo, no se ocupa tanto de las familias individuales por muy destacadas que sean, sino de las redes familiares. Solo unidos, los clanes de capa alta adquirieron una importancia y una relevancia sociopolítica que les permitieron convertirse en factores significativos de poder. Las familias individuales y las redes que ellas conformaban compartían algunas características, como límites difusos y objetivos centrales similares, pero diferían significativamente entre sí en otros aspectos. Ello se debe, entre otros factores, a que cada familia extensa, considerada por sí misma, constituía una institución con fundamento legal que difícilmente podía ser anulada, mientras que las redes solo se mantenían unidas por intereses comunes y por una necesidad compartida de delimitación de las familias que las constituían frente al resto de la población. De acuerdo con su perfil de intereses, las ciudades eran el ámbito de actividad preferido de las redes, mientras que los clanes familiares individuales, como ya se ha indicado, solían adquirir especial influencia en zonas remotas, donde podían aprovechar su superioridad en prestigio y recursos a discreción.

Destacan dos características de las redes familiares. Una de ellas es su tenacidad y persistencia durante largos periodos de tiempo. Su rol y relevancia social general apenas se veían afectados, aunque hubiera